

sulmana. Ya hemos hablado de su engrandecimiento y de la intencion que tenia de regenerar el Egipto, no con los elementos nacionales, sino obrando como dueño absoluto y trasplantando en él la civilizacion europea. Con este objeto necesitaba emanciparse de la violencia exterior y acabar con la desobediencia interior; pero como Turco no conocia mas medios para ello que la fuerza y el dinero, que es su fuente.

Egipto. El Egipto, valle africano que debe al Nilo su fertilidad y la creacion de sus provincias mas ricas, es decir las bajas, se halla colocado por la naturaleza en tales condiciones que han hecho necesarios siempre sistemas particulares para regir la propiedad. La comision histórica francesa y despues Silvestre de Sacy estudiaron estos sistemas, pero no los desentrañaron bastante porque no distinguieron la propiedad segun las clases. Cuando el Árabe Amru, poco despues de la aparicion de Mahoma, conquistó el Egipto, se mantuvieron en el país las concesiones de propiedad hechas en tiempos anteriores, y se hicieron las primeras trasmisiones de bienes mediante una retribucion en favor del monarca, uso que continuó en vigor durante la dominacion de los califas y luego bajo la de los mamelucos. Selim I, Otomano, queriendo deprimir á los nobles, decretó que las tierras concedidas en otra época por los príncipes perteneciesen en propiedad al soberano, medida que convirtió á los propietarios (moultezim) en poseedores meramente usufructuarios, á cuya muerte las tierras entraban en el fisco, si bien los herederos solian comprarlas á un precio que se fijaba arbitrariamente. En tal situacion el usufructuario no podia vender su finca; esta operacion correspondia tan solo al gobierno, y si aquel contraía deudas que no podia pagar, este le quitaba las tierras y las daba á otro. Soliman II, confirmando estas disposiciones, encomendó la administracion á un *defterdar* que llevaba anotadas en un registro todas las tierras bajo la inspeccion de un bajá establecido en el Cáiro, el cual podia dar en usufructo propiedades del fisco á nuevos colonos por medio de un firman provisional: instituciones adaptadas á la índole del país y que por tanto jamas sufrieron variacion. Las tierras correspondientes al gobierno son labradas por los fellahs, á quienes aquel suministra los instrumentos y yuntas y paga un jornal, y merced á la vigilancia del maimur de cada canton, que prescribe los medios y naturaleza del cultivo que ha de darse á estas tierras, son las que se encuentran mejor cultivadas. Recogida la cosecha, lo que no sirve para el sustento del colono es vendido al gobierno á precios determinados y trasladado por los fellahs á los almacenes establecidos en cada canton, dejándose sin embargo al cultivador disponer de los cereales mediante un tributo. Las aldeas tenian muchos terrenos procedentes de fellahs que habian muerto sin herederos y de los que no pudiendo labrarlos los cedian por cierta cantidad. Otros eran bienes de establecimientos

públicos y de mezquitas. El poseedor no estaba seguro en su tierra si habia un poderoso que la codiciaba. En la administracion de los terrenos confiada desde tiempo inmemorial á los coftos, nada se cambió, pues cualquier cambio habria perjudicado sus intereses y su reputacion: los mismos coftos desempeñaban tambien el cargo de agrimensores y de escribanos, hasta que á fines del reinado de los mamelucos el gobierno cerró sus escuelas y prohibió la enseñanza de su lengua.

Los Franceses que fueron con Buonaparte ocuparon los bienes de los emigrados, pero no tocaron á los de los hombres inofensivos; abolieron los impuestos vejatorios, y decretaron que los bienes de los muertos pasasen á sus herederos, pagando estos un derecho de registro. Bajo el mando de Mehemet Alí las propiedades de los mamelucos, á medida que estos iban extinguiéndose, recaian en el príncipe, el cual concedió pensiones á los moultezim que sobrevivian. Despues declaró bienes del fisco las propiedades de las mezquitas y de los establecimientos públicos, obligándolos á presentarle todos los documentos comprobantes de la posesion, y de este modo renovó la operacion del antiguo José, haciéndose único propietario del terreno y no dejando á la propiedad particular mas que las casas: solamente dió algunas tierras incultas á particulares para que las pusiesen en cultivo, eximiéndolos de impuesto por cierto número de años y cobrándoles despues un censo. En seguida sustituyó al pequeño cultivo el grande, como conviene á los países expuestos á inundaciones; multiplicó los canales; llevó de Europa jardineros y agricultores; la rubia, el algodón, el añil, el opio, el arroz, el maíz, el trigo, la morera y los mejores árboles frutales echaron raíces en aquel suelo tan propicio, y al mismo tiempo se extendieron las manufacturas.

Sin embargo, nada de esto redundaba en ventaja del pueblo, ántes bien no ha servido hasta ahora mas que para crear un monopolio en favor del virey, que revende á los fellahs ó á los particulares lo que necesitan para su sustento y esto al precio que se le antoja. Tambien se propaga la instruccion y se han fundado escuelas y academias; pero todas están dirigidas por Franceses y no tienen mas objeto que el de mejorar el ejército. Los soldados albaneses, autores de la elevacion de Mehemet Alí, á quienes repugnaba la disciplina, fueron sometidos á ella por el método acostumbrado, y Séve, capitán francés, introdujo entre ellos el manejo del arma á la europea. La tropa de línea se aumentó hasta ciento treinta mil hombres, que con los beduinos irregulares, los operarios de los puertos, la milicia y los alumnos de las escuelas militares, componen un total de doscientos sesenta mil hombres armados. Marsella y Liorna construyeron para Mehemet las primeras naves con las que hizo la guerra á los Griegos; pero cuando Ibrahim salió derrotado de la Morea, su padre,

despues de haberlo recibido con resignacion musulmana y casi en triunfo, se dedicó inmediatamente á reparar sus pérdidas; mediante el auxilio de oficiales francos, se proporcionó caballería, marina y artillería: y en la península de Alejandria, desierta en 1828, habia en 1834 un arsenal completo y magnífico, de donde salieron diez navíos de cien cañones y otros buques menores, si bien el país no daba de sí hierro, ni madera, ni cobre, ni oficiales, ni operarios.

Ahora el Egipto posee todo cuanto en los países civilizados se halla establecido, hasta los telégrafos: grande argumento contra los que miden la civilizacion por los números estadísticos y por las instituciones políticas. En efecto, Mehemet Alí no se valió de los conocimientos europeos mas que para sistematizar la tiranía asiática: ni podria hallarse condenacion mas cumplida de la civilizacion musulmana que la especie de ingerto intentado por Mahmud y por él, ingerto material ficticio, superficial é infructuoso. La libertad, el pensamiento, la dignidad, la legalidad, la humanidad, la equitativa reparticion de los impuestos, en suma, todo aquello que forma el orgullo ó el deseo de los países cristianos es desconocido en Egipto. El pueblo, sumido en la misma abyeccion que las bestias de carga compradas para el servicio, trabaja en todo para un hombre solo; las levas son una caza de hombres, la administracion una jerarquía de opresores, el palo la regla y el castigo universal cuando no es de muerte la sentencia. Los habitantes son solidarios y responsables uno de otro para el pago del impuesto: si el holgazan no paga, los agentes del virey caen sobre la hacienda del laborioso, y en caso necesario sobre la del pueblo entero para que el fisco no sufra menoscabo. Diremos ademas que el virey paga 3.000.000 de francos anuales en pensiones á las mujeres procedentes de su harem y casadas con altos personajes y grandes dignidades del reino.

Por consiguiente, bajo el mando de Mehemet Alí los ingresos del Erario se setuplicaron, pero la poblacion se disminuyó en una tercera parte, siendo toda ella miserable, ignorante, sin goces, como sin pensamientos ni dignidad. Hay en Egipto fábricas de armas, pero no hospitales; escuelas de ingenieros, pero no de primeras letras; palacios iluminados con gas, pero ni un solo reverbero en las calles. Allí se echa mano de los primeros individuos que se encuentran, y llevándolos por delante como rebaños, se les fuerza á trabajar en la apertura de un canal ó en la construccion de un fuerte, siempre sin paga y á veces hasta sin racion. El pueblo, pues, donde no muere, huye: de modo que habiéndose negado en una ocasion el bajá de Acre á restituir seis mil fellahs que se habian refugiado en su territorio, se suscitó por esta causa una guerra que estuvo para envolver en sus furioses á toda Europa.

Siria. La Siria se halla limitada al Norte por la cor-

dillera del Tauro, al Oriente por el Eufrates y el desierto, al Sur por las montañas de la Palestina y el Istmo de Suez, y al Occidente por el Mediterráneo. El Tauro presenta una barrera insuperable por la parte del Asia Menor, y su única garganta (Colek-Boyaz) está erizada de fortificaciones inexpugnables. El Líbano se eleva á siete mil novecientos piés, y entre este monte y el Antilibano se extiende la llanura de Beka (Celosiria) que se encuentra á cinco mil piés sobre el nivel del mar. Este país es admirablemente fértil en frutos de Asia y Europa: en él se cogen hasta diez y ocho y veinticuatro especies de granos, vinos famosos, sedas finas, sésamo, aceite, rubia, lana, y su situacion ofrece grandes ventajas al comercio.

La Siria por su origen, por su idioma y por su historia está tan unida á Egipto, que quien posea el uno debe dominar la otra. Mehemet Alí conoció desde luego cuán bien le estaria la posesion de aquel país, provisto de puertos y de bosques, de que el suyo carece, y tan favorablemente situado como punto de escala para Turquía. Comenzó, pues, contrayendo amistad con Abdallah, bajá de Acre, y con el emir Beshir, señor del Líbano, obteniendo de la Puerta que los indultase de su rebelion. Pero despues viendo que Abdallah impedia que se exportase del Líbano la madera para la escuadra, favoreciendo ademas el contrabando y acogiendo en su territorio á los fugitivos, tomó y llevó á cabo la resolucion de invadir la Siria. El cólera, que hizo sucumbir en Arabia y en Egipto á centenares de millares de personas, desorganizó su ejército y retardó la expedicion; pero habiéndolo reorganizado, Ibrahim acometió y tomó á San Juan de Acre, no obstante que el ataque infructuoso de Buonaparte habia dado á esta plaza reputacion de inexpugnable.

Semejante victoria hizo abrir los ojos al gran señor, que inmediatamente se armó para reprimir la arrogancia de su vasallo, y de esta manera vinieron á hallarse frente á frente dos ejércitos turcos disciplinados á la europea. Dióse entónces la batalla de Koniah, y habiéndola ganado los Egipcios, nada parecia que pudiera oponerseles en su marcha hácia Constantinopla, donde el odio que Mahmud habia inspirado con sus reformas, hacia que fuese deseado el triunfo de Mehemet como representante de la ortodoxia musulmana. Pero en estas circunstancias apareció en el Bósforo una escuadra rusa dispuesta á proteger al gran señor, y los Franceses y los Austriacos lo indujeron por su parte á firmar la paz de Kutayah, en cuyo tratado se concedió el bajalato de Siria al virey de Egipto, reconociéndose este por vasallo de la Puerta.

Esto era engrandecer el Egipto en perjuicio de la Turquía; mirábanse uno y otra con recelo y codicia, puesta la mano en el puño de la cimitarra, y con tal motivo los dos países se vieron oprimidos con nuevos sacrificios, especialmente la Siria, destrozada por los ejércitos de ambos contendientes. Mehemet Alí, viendo

Era esta la primera gran cuestión que se suscitaba entre los monarcas desde 1815, y todos creyeron que iba á ponerse en combustión la Europa. La Rusia no apartaba los ojos de Constantinopla, ni la Inglaterra de Alejandría, y todos temblaban de que llegaran á ponerse de acuerdo. Documentos oficiales demostraron que Austria y Prusia habían pospuesto su interés al deseo de destruir la buena armonía que reinaba entre Inglaterra y Francia, y habían comprometido la paz del mundo para hacer un *de-saire* á Francia y rebajar su consideración. Los whigs ingleses que por espacio de medio siglo habían proclamado y sostenido la alianza francesa, se convirtieron á la sazón en sus rivales; los entusiastas creyeron llegado el momento de dar mejor solución á los mal pergeñados asuntos de Italia, de Polonia, de Bélgica y de Grecia; los sabios culpaban á los ministros de haber arrojado la chispa sobre la mina cargada, y creían que Francia podía presentarse dignamente á sostener tan buena causa sin necesidad de atizar las pasiones revolucionarias.

Pero mientras Ibrahim pasó el Táuro, confiando en los auxilios de Francia, fuerte en el Mediterráneo cuanto débil era en el Inglaterra, en París reemplazó á un ministerio de acción otro de reflexión, y la paz del mundo, comprometida por los gabinetes, se restableció en virtud de dos hechos inesperados, la inacción de Francia y la debilidad del virey. Las potencias, después de haber intimado á este que evacuase la Siria, lo acometieron por medio de las armas y de la insurrección; tomaron á Beirut á viva fuerza, y la escuadra inglesa, presentándose delante de Alejandría, dió al virey veinticuatro horas para aceptar el *ultimatum*, es decir, para contentarse con el Egipto. Mehemet, que dominaba desde el Nilo hasta el Táuro, se resignó á recibir el perdón de la Puerta y el gobierno hereditario de Egipto, obligándose á pagar un tributo de 10.000.000 de francos, á no tener un ejército mayor de diez y ocho mil hombres, á no usar bandera propia, á no nombrar para este ejército los oficiales superiores desde coroneles arriba, y á no construir buques de guerra sin expreso permiso del sultán. ¡Necias restricciones cuando el vencido puede siempre que quiera derrotar al vencedor! Pero detras de estas dos apariencias de soberanos están los dos soberanos verdaderos, que son la Rusia y la Inglaterra.

En 13 de julio de 1841 los representantes de Inglaterra, Rusia, Prusia, Austria y Turquía declararon que el Estrecho de los Dardanelos continuaria cerrado en tiempo de paz á todo buque de guerra extranjero, y que habiendo cesado el objeto de su alianza, quedaba roto el tratado de julio anterior. Francia entonces recobró su puesto en el arcópagio europeo, pero con el ultraje recibido, y después de haber apagado el incendio con sus condescendencias y aprendido al mismo tiempo á conocer su aislamiento y la facilidad con que sus enemigos, poniéndose

de acuerdo, podían destruir cuantos planes meditase.

Mehemet, habiendo evacuado las provincias que ya contaba por suyas, continuó la tiránica civilización de Egipto y volvió la vista hácia Arabia (1), donde á lo ménos podría elevar un imperio que lo indemnizase del que acababa de perder en el Asia Menor. Pero aunque el virey había sido vencido, no por eso se había pacificado el Oriente ni rejuvenecido el imperio otomano, y las provincias abandonadas por Mehemet, lejos de volver á manos de la Puerta, cayeron en las de la anarquía. Estallaron, en efecto, sublevaciones en todas partes: la Tesalia y la Macedonia invocaron los derechos de los Griegos, sus hermanos; la Bulgaria se insurreccionó contra las violentas exacciones de los Turcos, y los Arnáutas enviados para subyugarla cometieron en el país grandes estragos. Entretanto Candía y la Siria se pusieron en combustión, y las potencias se vieron obligadas á usar de la fuerza para derribar el estandarte de la Cruz que se atrevió á ondear en las alturas del Ida y del Líbano. La Puerta no pudo sujetar á sus súbditos Cristianos sino manteniendo entre ellos la excisión, y la matanza de unos Cristianos por otros habría sido el espectáculo que mas compasión hubiera inspirado á las potencias, si la política tuviese entrañas.

Los Maronitas y los Drusos forman las poblaciones principales de Siria, viviendo los primeros en los valles del centro y en las cordilleras mas elevadas desde las inmediaciones de Beirut hasta Trípoli, y los segundos en el Líbano Meridional y en las vertientes del Antilibano y del Guebelsheik. Los Maronitas no tienen mas ley que la costumbre; viven en poblaciones independientes una de otra; salvo en materias religiosas, los jeques ejercen el poder feudal y justicia sumaria bajo la supremacía, á lo ménos honoraria, del emir y de su diván, y el patriarca decide los conflictos entre la ley religiosa y la civil. El pueblo se sostiene con la agricultura en propiedades fijas y respetadas, siendo laborioso, hospitalario y fiel á la Sede Romana, la cual ha usado con él de mucha condescendencia otorgándole el matrimonio de los clérigos, la liturgia en idioma vulgar, y la comunión bajo las dos especies. El clero nombra un patriarca confirmado por el legado pontificio que reside en el convento de Astura; los obispos, que son muchos, tienen su residencia en los monasterios, y en ellos están bastante respetados; los monjes son muchísimos, observan una regla rigorosa, y como personas instruidas suelen servir de secretarios á los Turcos y á los Drusos. Como adictos á Roma, se muestran los Maronitas muy contrarios á los Griegos cismáticos, y la necesidad de oponer la astucia al despotismo, ha hecho que sean los hombres ménos sinceros y mas cautelosos de Oriente, al

Libano.

paso que los musulmanes tienen un carácter en extremo franco, porque son hace tanto tiempo los dominadores.

Los Drusos, tribu árabe, refugiada en el país en tiempo del cisma musulmán, mas guerrera y ménos numerosa, cultivan también la vid, el algodón, los granos y la morera. Su emir reúne el poder civil y el militar, recibe la investidura del bajá turco, para quien cobra el tributo debido á la Puerta sobre las viñas, las moreras, el algodón y el grano, y en caso de guerra llama á todos los habitantes al servicio de las armas. Pasa este pueblo por muy valiente y celoso de su honor: cada individuo no tiene mas que una mujer, cuya infidelidad es castigada de muerte por sus parientes, á quienes el marido envía el puñal que recibió el día de la boda. El padre y el hermano cortan la cabeza á la infiel, y envían al marido un mechón ensangrentado de sus cabellos. Por lo demás, hospitalarios, aunque orgullosos, detestan el escándalo, pero no les importa nada lo que se ha hecho sin testigos. Estos habitantes han introducido en sus creencias, cuyo fondo es el islamismo, supersticiones idólatras y prácticas extrañas, tomadas de los pueblos distintos entre quienes viven. No tienen oraciones, ni ayunos, ni circuncisión á la usanza musulmana; tampoco tienen fiestas ni prohibiciones en punto á la comida ó bebida; el hombre de talento pasa entre ellos por *akkal*, es decir, iniciado, y los ignorantes no salen de la clase de *giáll*. Los *akkal* de categoría superior se distinguen por sus turbantes blancos, símbolo de pureza; huyen de tener el mas mínimo contacto con los extranjeros, y se reúnen secretamente en ciertos oratorios elevados (*kahné*) cuya entrada está vedada á los profanos. Parece que adoran al becerro; tienen gran fe en los amuletos, y por lo demás están siempre dispuestos á hacerse Cristianos ó musulmanes segun les conviene, aunque en el fondo continúan siendo Drusos.

Luego que fué vencido Fakredin (1635), los bajás turcos se esforzaron constantemente por introducir en el país agás y guarniciones, pero siempre fueron vanos tales esfuerzos, de manera que los habitantes viven casi independientes, y entre los Cristianos sometidos á los Turcos son los únicos que sacan procesiones fuera de la iglesia, que se revisten en público de hábitos pontificales, y que tocan las campanas, tan odiadas de los musulmanes. Estos diversos pueblos de la montaña, aunque de creencias diferentes, armonizan entre sí para rechazar á los musulmanes de sus alturas, y están prontos á invadir las tierras de sus enemigos apenas el centinela se duerme en esta campaña que lleva ya doce siglos de duración. Gracias si se contentan con pagar un tributo á los bajás de San Juan de Acre. Mal podía establecerse un poder único en aquellas poblaciones esparcidas por la montaña y que se gobiernan cada una por sí. Los jeques ejercen una especie de poder feudal sobre el pueblo, y administran justicia suma-

(1) Sobre el estado presente de la Arabia, véase el cap. I del libro IX al final del verso.